

Versículos para la meditación

• **Allá donde vamos llevamos en el cuerpo la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste a través nuestro** (2Cor 4, 10): *Que sepamos vivir los fracasos y humillaciones con la esperanza puesta en tu amor por nosotros. Así tú nos harás testigos de esperanza.*



• **Aceptando morir a nosotros mismos, la vida de Dios actúa en nosotros para vuestro bien** (2Cor 4, 10): *Sabemos, Señor, que hay que sufrir y aceptar privaciones para amar a los demás. Somos débiles, danos la fuerza de tu Espíritu de amor perseverante.*

• **Me complazco en debilidades, insultos, necesidades, persecuciones y dificultades que me trae el ser de Cristo. Cuando soy débil, Él me hace fuerte** (2Cor 12, 10): *Libranos, Señor del orgullo de creer que podemos sostenernos por nosotros mismos, y haz que en nosotros todo nazca de la fuerza de tu amor.*

• **Lucharon vida y muerte en singular batalla, y muerto el que es la vida, triunfante se levanta** (Secuencia de Pascua): *No dejes que desesperemos en nuestro combate contra las fuerzas del mal y la muerte. Haznos saber que solo Tú tienes la última palabra y que esta es tu Hijo resucitado.*

Oración final

Cristo, Hijo de Dios,
tú que has querido unir tu vida a la nuestra
haciéndote hermano de carne y sangre de la humanidad,
y pasando por la muerte nos envolviste con tu vida eterna;
pon en nuestros corazones tu Espíritu vivificador
para que, sin desesperar, aprendamos a vivir y morir como tú
y así, contigo, resucitemos para gloria de Dios Padre.

Morir y resucitar con Cristo



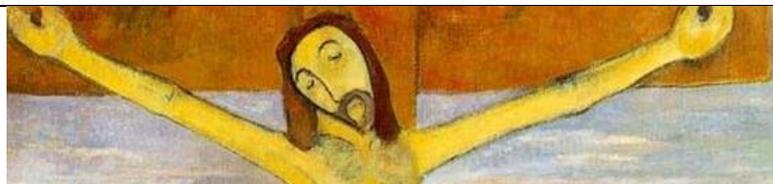
El **MISTERIO PASCUAL** de Cristo (su muerte y resurrección) no es algo que contemplar desde fuera o un acontecimiento pasado del que ahora recibimos los frutos como por arte de magia. Por el contrario, Cristo nos invita a tomar parte en su muerte y resurrección. Nos da su Espíritu para que participando de su muerte podamos alcanzar la vida plena de la resurrección (Rom 6, 8). Pero ¿qué significa esto y cómo realizar este camino? Esta es la meditación que te proponemos para este mes.

La muerte de Cristo muestra que nuestro mundo envuelto en el pecado no deja sitio para la vida de Dios. En esta muerte podemos ver que nuestros pecados, de una u otra forma, llevan siempre a la muerte. Pero Cristo crucificado nos invita a *ser más fuertes* que el pecado y que la muerte a través de una vida que tome su propia forma de morir (humildad, confianza, acción de gracias y perdón).

La resurrección de Cristo revela el poder escondido del amor de Dios que no abandona a sus hijos, que guarda siempre para ellos un espacio eterno en su corazón. Revela igualmente la alegría, la comunión fraterna y la gloria que promete a todos los que se entregan a su amor, incluso si antes hemos pertenecido al pecado.

Comienza tu oración recogiéndote ante el Señor (p. ej. únete al ritmo de tu respiración y repite con ella una de estas palabras: Señor / Dios mío / Aquí estoy...). Luego elige un pequeño apartado de la ficha (solo uno) en el que se describa la muerte o la resurrección de Cristo, o alguno de los versículos del final, y dialoga con Él sobre su significado en tu vida. Da tiempo a que el Señor guíe tu corazón. Ábrete a lo que te vaya sugiriendo. Dialoga también sobre lo que puede significar para la vida del mundo. Para terminar recita despacio la oración final.

Morir con Cristo o la fuerza de la cruz



Humildad (Lc 22, 25-26; Sant 4, 10)

No pocas veces convertimos el poder de nuestra vida en una fuente de humillación. Humillamos y nos humillan utilizando cualidades que podrían llenar el mundo de vida. La humildad de Jesús consiste en dar vida de forma constante, incluso si parece no servir para nada y perderse (Jn 12, 24), sabiendo que es Dios Padre el que lo hace fecundo. La humildad necesita aceptar la muerte, pasar por esa humillación de no percibir los frutos confiando en que Dios hará fecundos nuestros esfuerzos, como sucede con las semillas una vez enterradas.

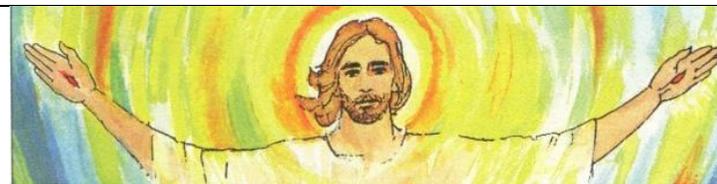
Acción de gracias - Confianza (Lc 22, 19)

Jesús da gracias a Dios por su vida incluso delante de la muerte. No es fácil reconocer que la vida es un don cuando todo va mal. A Cristo le es posible porque vive su vida y su muerte como Hijo, es decir con fe en que la vida del Padre es un manantial inagotable en Él, un manantial que sobre-salta incluso la muerte. Por eso puede dar gracias y entregar su cuerpo y su sangre a todos, servir a todos con afecto y generosidad, y morir con confianza, porque sabe que Dios le habita como don de vida eterno que nunca se acaba.

Amor sobreabundante - Perdón (Lc 6, 35-37; Lc 23, 34)

Acción-reacción, así funcionamos. Y ensimismados en las heridas que nos infringen reaccionamos con rencor y violencia. Pero Jesús reacciona con un impulso más profundo, más humano, más divino, respondiendo a la necesidad de los hombres. Las malas acciones de los hombres necesitan una reacción que los libere, no una que los hunda más. Por eso Jesús, sacando la fuerza de su divinidad de eterno amor, reacciona con una misericordia que sobreabunda sobre el pecado y muere en la cruz perdonando. Para Cristo morir significa perdonar. Nos ama sufriendonos para salvarnos. Y esta es la muerte que nos pide también a nosotros.

Resucitar con Cristo o la victoria del amor



Alegría (Jn 20, 20)

Cristo, herido y perdido en la muerte, aparece ahora lleno de luz y vida eterna. Su humanidad se muestra sostenida por la fuerza del amor de Dios. Cristo resucitado se convierte así en alegría para todos, pues en Él vemos que verdaderamente estamos tatuados en la piel eterna de Dios (Is 49, 16) y que nada nos podrá separar de su amor. Anudados pues a Cristo somos anclados en su vida eterna (Col 3, 3), donde ya no tiene poder la tristeza, el dolor y la muerte. Esto es lo que canta el *Aleluya* pascual.

Comunión (Lc 22, 14-30)

Jesús resucitado vuelve a reunir a los discípulos a su alrededor para alimentarlos de una amor que ahora atraviesa el tiempo y el espacio. Sentaos, *tomad, comed*. Dejad que os haga uno conmigo en amor y amaos entre vosotros. Así se irá abriendo camino la vida eterna en el mundo. No olvidéis que os envío, decid a todos: *Dejaos reconciliar con Dios* (2Cor 5, 20), no desesperéis en vuestra soledad y en vuestro pecado. Hay sitio para vosotros en la mesa. El abrazo de Dios no tiene fronteras en el cuerpo resucitado del Jesús que acogía a todos.

Gloria (1 Jn 3, 2)

Nos cuesta creer que Dios creó un mundo donde *todo está bien* (Gn 1, 31) contemplando este mundo de errores, fracasos y contradicciones. Y no pocas veces nuestro disgusto se convierte en rencor y acusaciones contra Dios. Sin embargo un antiguo teólogo decía: *Cuando Dios vio a su Hijo resucitado exclamó: esta es la creación que siempre he deseado*. Dios tiene un tercer día para todos, un último día donde nos revestirá de gloria, como hizo con su Hijo. Mientras tanto, vivimos los dolores de ese parto. Parto difícil, pero que tiene asegurado un nacimiento glorioso para los que saben sufrir confiadamente sus contracciones.